

(LA OTRA BIOGRAFÍA)

Otra madre Teresa

- 1968: sor Inés Valdivia recoge a tres niñas deficientes mentales abandonadas en la calle.
- Cuatro décadas después, ya son 206 los niños discapacitados mexicanos que cuida.

Domund. En el día de las misiones, ésta es la historia de la monja que no tuvo que dejar su país para ayudar a los demás.



ÁNGEL DE NIÑOS CON PROBLEMAS

Sor Inés, en el Hogar la Divina Providencia, en el que lleva 40 años recogiendo a niños discapacitados.

REPORTAJE GRÁFICO: SAÚL RUIZ

LOS 206 HIJOS DE LA MISIONERA

JACOBO G. GARCÍA / San Vicente Chicoloapan (México)
 Martín apareció en un basurero. Cuando la madre Inés lo encontró llevaba dos días en un desagüe de las afueras del Distrito Federal junto a montañas de desechos y animales en descomposición. Los gusanos le habían entrado por todo el cuerpo y le había comido parte del estómago y del cerebro. «Le perforaron todo. Tiene hidrocefalia y más de seis cirugías. Muchas veces lo dieron por muerto». Martín es el mismo chico que llega del colegio y le estampa un sonoro beso que le saca la sonrisa.

Uno de sus hermanos mayores, Rafael, tiene 30 años y apareció metido en una caja de huevos en un descampado. Padece una minusvalía tan grande que le han dejado la mirada perdida y el cerebro horadado. Lleva toda su vida esperando la muerte en esta cama y el único movimiento que hace es meterse la mano en la boca

hasta los nudillos. Así una y otra vez. Así durante 30 años. Sin embargo, todos los días, las arrugadas manos de la dominica desvisten con paciencia a este joven que pesa tres veces lo que ella. Le da de comer en la boca, le limpia los excrementos, le pone ropa limpia y le lava las sábanas. Así una y otra vez. Así toda su vida con cientos de niños deficientes a los que recoge de la calle y a los que da sus apellidos: Valdivia González.

Pocas veces en un espacio tan pequeño se contempla tan de cerca el amor y la podredumbre. La grandeza y la miseria del ser humano. A un lado, una diminuta monja de 85 años limpia con delicadeza la comisura de cada niño cuando les lleva la cuchara a la boca o les extiende la manta los días de frío. Al otro, 206 niños despreciados por su padres, abandonados en basureros, descampados, calles oscuras, baños públicos o, directamente, a las

(LA OTRA BIOGRAFÍA)

COMENZÓ RECOGIENDO A TRES NIÑAS DEFICIENTES ABANDONADAS. HOY CUIDA A 206 NIÑOS DISCAPACITADOS

PARA DARLES DE COMER, SOR INÉS PIDE LIMOSNA Y RECOGE CARTONES Y PERIÓDICOS QUE CAMBIA POR PAN Y TORTILLAS

EN 40 AÑOS, POR SU HOGAR HAN PASADO MILES DE NIÑOS.

«UNOS SE HAN CASADO, OTROS HAN IDO A LA UNIVERSIDAD»

puertas de este sitio. Son más que los olvidados de Buñuel, son los parias de la tierra en este *slum* de Chicoloapan, un lugar tan árido como feo de las afueras de la capital mexicana.

Chicoloapan (Texcoco) es el cinturón urbano y agresivo de cualquier ciudad latinoamericana. Un manto de miles de construcciones de cemento superpuestas donde no crecen los árboles y el agua del grifo es marrón. Aquí se instalaron millones de campesinos que llegaron en busca de oportunidades en los 60, cuando las afueras del DF eran ríos y milpas de maíz. Poco después llegó el pegamento esnafado y las pandillas que han hecho del lugar uno de los más violentos de la capital.

En medio de este panorama se levanta como una página del evangelio hecho carne, la casa Hogar la Divina Providencia de la madre Inés. Son las cuatro de la mañana y en la cocina ya se escucha a la religiosa moviendo cacharros, pelando patatas, calentando leche... «Es un milagro poder llenar todo esto con comida cada día», explica. «Vivimos de lo que nos dan, nada más». Desde que puso en marcha este orfanato, la madre Inés ha salido miles de veces a la calle a pedir limosna recorriendo con la mano extendida casas y mercados para llevar algo que comer a sus niños. Ahora que no puede andar como antes, recoge cartón y periódicos que cambia por pan y tortillas.

La Divina Providencia es un lugar tan austero como tierno. Junto a las flores y las imágenes de Juan Pablo II o San Martín de Porres, corretean los chicos sin que una voz suene más alta que la otra. Sólo el potente tono de la madre Inés rompe la calma para recordarles que terminen de comer o que se laven las manos. Ella misma levantó el lugar en 1968. «Un día caminaba por la calle con otras tres religiosas cuando encontramos tiradas a tres niñas deficientes mentales. En estado vegetal. Estaban a punto de ser atropelladas y las llevé al hospital general. Cuando les dieron de alta no sabía que hacer con ellas y las llevé al noviciado. Pero allí no era posible tenerlas», relata.

Inés caminó entonces por el Distrito Federal hasta que se acabó el pavimento y levantó en un terreno baldío la casa hogar en la que vive esta enorme familia. «Me ayudaron cuatro monjas a quitar la maleza, limpiar la tierra... dormíamos en un cartón, a mí se me hacía difícil porque no estaba acostumbrada a hacerlo sin almohada», recuerda entre risas.

¿Y de aquellas tres niñas a los 200 de hoy? «Dios no me asustó porque si llego a saber esto me hubiera echado atrás», bromea delante del pequeño Juan Pablo, quien se sube sobre ella a darle otro beso. Tiene ganas de mimos este pequeñajo de siete años.

Casi 40 años después, por aquí han pasado miles de niños que han levantado el lugar entre todos. «Muchos se han casado, otros han ido a la universidad, han tenido hijos», explica. Los deficientes que nadie quería son los que siguen con la madre muchos años después. Ellas cortan judías, limpian o lavan la

ropa. Ellos ayudan a los más pequeños, los visten, pintan el lugar o ayudan a cargar las pocas donaciones que llegan.

«Yo no conozco ni un papá ni una mamá de los chicos. Por eso cuando me preguntan algunas cosas prefiero no contestar porque no quiero que se lastimen. Yo los he recibido muy chiquitos y muy enfermos, todos son discapacitados mentales, y aquí vamos saliendo adelante. Nadie ha preguntado nunca por ellos», dice casi con lágrimas.

«Ellos son el amor permanente, no son discapacitados», se queja. «Son diferentes en su conocimiento y en la demostración de su amor». «Los he criado para que tengan su comida, su ropa, sus medicinas, su cobija (manta) o su suero cuando están enfermos», explica sentada en el patio.

«Usted les ha dado dignidad», le digo. «Bueno, eso me suena muy aristocrático. Digamos que les di techo, comida y el amor de Dios para defenderlos en estas paredes de un mundo tan perdido y lleno de tristeza. Porque no tengo nada más», dice levantando los hombros. «Yo nunca les he dicho que soy su madre. Una madre es irremplazable pero ellos saben que soy la madre Inés y no hace falta más. Yo los quiero como si fuera míos y no confundo ni uno de los 206 nombres», presume.

Subiendo la escalera viven los chicos con las deficiencias más avanzadas: 35 personas reposan en camas en medio de un silencio tranquilo. Unos son deformes, otros están en estado vegetativo y otros pueden pasar varias horas con la mirada perdida mientras se balancean. «Todos son hijos de drogadictos». Como Guadalupe, que apareció en la calle cuando era sólo un bebe, con una deformidad tal que las piernas están muy alejadas del tronco. O Daniel, que lleva más de 20 años en una cuna, no habla y sólo se mueve de lado a lado emitiendo sonidos mientras le cae la baba.

Ninguno puede pronunciar su nombre pero agitan los muñones y sonríen cuando ella aparece y los consuela con sus caricias.

—¿Si se encontrara con los padres, qué les diría?

—¿Por qué? —contesta.

«Esos niños están en una oración continua. Y creo que por ellos el mundo se salva. Los niños, los pobres, los que sufren son la salvación», dice. «Yo no conozco las drogas pero conozco las consecuencias. Estos chicos son el resultado de un mundo descompuesto y porido. Y sufro mucho».

La madre Inés no da a nadie en adopción porque no quiere verlos sufrir. «Cuando empezó a funcionar el colegio, dimos dos chicos. Uno con hemiplejía y otro con discapacidad física. Cuando cumplieron seis años, me los devolvieron. Aquellos chicos sufrieron tanto que no quiero volver a pasar por lo mismo».

La madre tierra y nos despide dándonos las gracias por venir.

Hay veces que sales de un reportaje sintiéndote un ser menor. Un ser minúsculo, empe-



PEQUEÑA GRAN MUJER

Sor Inés (arriba), con algunos de los 206 niños que acoge. Algunos con deformidades graves, como el de la imagen central.

SOLA

Inés comenzó a levantar el Hogar en 1968.

queñecido ante esta diminuta mujer de 85 años que viste la ropa que le da la gente. Hay veces que el premio Nobel de la Paz cabrea todavía más si se lo dan a la UE. Hay historias que te dejan mirando a la televisión con la cabeza en blanco... y esta es una de ellas.

Hoy, Día del Domund

El Día Mundial del Domund, que se celebra hoy, es la jornada en la que toda la Iglesia colabora económicamente en favor de la actividad evangelizadora de los misioneros. En plena sequía vocacional, España presume de seguir siendo la primera potencia mundial en número de misioneros. Ésta es la radiografía de su Iglesia misionera:

—Donaciones: Tras tres años de caída, en el día del Domund de 2011 la recaudación para las misiones aumentó hasta sumar algo más de 15 millones de euros. Hoy se espera alcanzar una cifra similar.

—Número total de misioneros españoles: 14.000. El 54%, mujeres, y el 46%, hombres. El 54% tiene entre 70 y 90 años; el 43% entre 40 y 70, y sólo el 3% es menor de 20.

—La mayoría (51%) son religiosos. Los sacerdotes diocesanos y los religiosos representan el 36%; un 7% son religiosos no sacerdotes; un 5% laicos, y un 1%, obispos.

—Por continentes: América, 79,8%; África, 13,8%; Europa, el 8,9%; Asia, 6,2%; Oceanía, 0,2%. Los países con más españoles son: Perú (969), Venezuela (968) y Argentina (666). Hay 227 misioneros en países donde los cristianos son perseguidos. Como 116 en India y 15 en Feintno / IONÉ MANIFI VINDI